

CÁRCEL Y EXTERIORIDAD

Partimos de afirmar que hay posibilidad de exterioridad al interior de la cárcel. Posibilidad, sin duda, precaria, mutilada, condicionada o reprimida. Pero en esencia y como necesidad, difícilmente gobernable. Si hay algo que pueda definir la dialéctica del encierro es la imposibilidad histórica de negar el deseo del afuera. Aun en las peores condiciones, incluso en el régimen de aislamiento más terrible, puede el ser humano aferrarse a otra realidad. Donde hay encierro, se dan resistencias, desafíos, anhelos de libertad, planes de fuga, la capacidad y sensibilidad de maravillarse. La lucha en pos de la exterioridad transita todos los senderos: desde los más íntimos y subjetivos – el poder de la imaginación– hasta los organizados y colectivos –la fuga y el motín– pasando por aquellos donde la premisa «hacer lugar» –reapropiación del espacio y el tiempo carcelario; la construcción de «comunidad» allí donde se intenta destruir cualquier atisbo de sociabilidad– no forma parte de ninguna política consciente, pero que expresan de igual modo esa misma necesidad.

Auge y crisis de la exterioridad en la cárcel postfranquista

Fruto de un trabajo más amplio, cuyo objeto es la cárcel postfranquista y su deriva hasta el presente, nuestra aportación para esta jornada parte de una doble premisa. Si bien afirmamos que cárcel y exterioridad no se excluyen, advertimos de igual modo que los límites de ese afuera se están estrechando. Dicho de otro modo: la crisis de la exterioridad también ha llegado a la cárcel. La cárcel como espejo cóncavo, amplificador de los rasgos de la sociedad de la cual forma parte, puede revelar esta misma crisis multiplicada.

Advertimos desde ya: nuestra mirada a la cárcel postfranquista contiene sesgo. Refleja ante todo la lucha del preso rebelde; los encuadrados en siglas y los que, al margen de actividad política, han ido por libre. Nace en la COPEL y pasa por APRE; se fija en aquellos que no aceptan las condiciones del encierro; en los que «hacen lugar» donde parece que nada puede crecer; en los que planean escapar aunque no lo consigan; en aquellos que, aislados en FIES durante años, han logrado vencer a la locura, pese a la violencia y la tortura sistemática. A nuestro juicio, expresan, si puede decirse así, un «auge

de la exterioridad». Un momento en la reciente historia de la cárcel donde el deseo de romper el encierro estaba aún muy vivo.

Nuestro propósito, no obstante, no es contar una tragedia, aquella que vendría a relatar la caída de los anhelos y posibilidades de exterioridad. Tampoco deseamos presentar con nostalgia una «era feliz de la posibilidad del afuera». Ahora bien, nos atrevemos a afirmar que durante los primeros años, la experiencia del encierro en la cárcel postfranquista alimentó con fuerza la esperanza del afuera, de otro afuera. Sus máximas expresiones, a nivel colectivo, fueron el motín y la fuga.

El motín y la fuga

Entendemos el motín como una suspensión del orden carcelario. Revela una actuación colectiva que impugna la jerarquía en la relación funcionario-presos, y que no siempre es planificada. En muchos casos, los motines nacen de fugas frustradas. En otros, provienen de estados de profunda frustración y rabia acumulada, pudiendo explotar por cualquier motivo. Subvierte fundamentalmente el tiempo, pero también el espacio. Uno de los ejemplos más evidentes es la ocupación de tejados. El reloj de la prisión se para o acelera, y los ojos del carcelero han de mirar hacia arriba. La toma de la parte más alta de la arquitectura carcelaria se contempla, así, como una ruptura real con el espacio y el tiempo impuesto. La posibilidad de exterioridad, aun momentánea, se da en este cambio de roles y posiciones, en una toma de poder dentro de este espacio que es siempre ajeno; un fogonazo no administrado de otros ritmos y latidos al interior del encierro.

La fuga es la máxima expresión de exterioridad. No solo como hecho, también como deseo. Supone la ruptura con la condición del encierro en ambos planos. Pensar la fuga es salirse un poco, tenga o no éxito –al estudiar el espacio de la prisión; al memorizar horarios y cambios de turno; al idear una pequeña herramienta o planificar la evasión durante un traslado. Durante los últimos años del franquismo, la figura del preso «fuguista» copó el imaginario social y carcelario. Se asocia al pasado. Pero las fugas y sus intentos no dejaron de suceder. García Valdés, director de prisiones entre 1977 y 1979, achacó su incremento en democracia por la deriva garantista de la ley. Se dejó de disparar al «evasor» y eso conllevó un número mayor de aventuras fuguistas. No sabemos si la bala como *última ratio* puede

condicionar el deseo, el anhelo de romper con el encierro. Dicho esto, intuimos que la fuga no conoce ni de balas ni de leyes.

Hacer lugar: seguir siendo humanos

La imaginación, los recuerdos, las lecturas de evasión y las cartas escritas en pequeños rollos de papel que, sabe Dios cómo, entran y salen milagrosamente. Los objetos clandestinos que inventan mundos lejos del encierro; clavos, plásticos, un inútil pedazo de cuerda. Las coplas del Puerto de Santa María; los versos de todas las cárceles del mundo. Minúsculos trozos de metal o cristales liliputienses convertidos en espejos contra-panópticos. Las conversaciones de ventana a ventana, que invaden la noche de susurros. Grillos, gorriones, ratoncitos... toda una fauna amiga a la que no se hace ningún mal. Hasta las almas fantasmales de los que antes moraron esas celdas cobran presencia y voz; única compañía, frágil relación con el afuera de los que solo se tienen a sí mismos.

Para los presos en régimen especial de aislamiento, las posibilidades de exterioridad son muy pocas. Celdas de tres metros por dos donde apenas se puede pasear. Minúsculas ventanas, muchas veces tapadas desde fuera, o tan altas que quedan lejos del alcance del preso. Una doble puerta llamada «cangrejo», que permite al funcionario contacto visual con el preso sin necesidad de abrir la celda. Las camas, metálicas o sencillamente de piedra; el inodoro, no más que un agujero en el suelo; el grifo, una manguera de plástico. El color de las paredes, a su vez, condiciona el ánimo a su antojo. El rojo alimenta la agresividad; el verde, la templanza. El silencio debe reinar en las galerías especiales. En muchos casos, se dejan celdas vacías para impedir la comunicación. La quietud solo se quiebra por el tintineo de llaves, por el crujir de las cancelas, por el eco de los pasos del que guarda. El preso aislado vive 23 horas al día en su celda. La hora de patio la pasa también solo. Los muros de este recreo son tan altos que para tener vistas del cielo hay que retorcer el cuello.

¿Cómo seguir siendo humanos en semejantes condiciones de encierro?

Todas y cada una de las voces que han podido relatar su vida en aislamiento coinciden en algo: el anhelo insobornable de libertad.

Para el preso en régimen FIES, la búsqueda de exterioridad puede devenir en algo sutil, íntimo, de extrema interioridad. Pero también puede cobrar

formas solidarias, de una raíz profundamente colectiva; un alma común que es capaz de romper con todas las prohibiciones —no negamos que este es el aspecto que más nos remueve. A pesar de las gruesas paredes, los mensajes terminan traspasando. Los ingenios desbordan cualquier inventario, utilizando en beneficio propio los nervios ocultos del propio espacio de encierro. Seguir siendo humanos cuando cada norma, cada gesto, cada paliza propinada solo persigue las más absoluta deshumanización. Pero los resquicios sobreviven en cientos de otros gestos que contestan, y la exterioridad, que no termina por apagarse, centellea en el deseo de estar juntos, en la comunidad renovada cada día, en los afectos y en los gritos de ánimo que vuelan de una celda a otra.

Tal y como se cuenta en *La evasión* (Jacques Becquer), el afuera no se consigue a cualquier precio. En pocos relatos encontramos tal oda a la exterioridad desde un punto de vista solidario. Una de sus escenas lo dice todo. Dos presos han conseguido cavar finalmente el túnel y asomarse a las calles de París. Sus tres compañeros aguardan en la celda sin saber aún que el objetivo se ha cumplido. En ese preciso instante, un taxi con la luz verde pasa delante de ellos. Podrían haberse montado en él, pero regresan, por ese mismo túnel, al interior de la cárcel. Huir sin sus amigos habría supuesto la peor de las traiciones. Esperar una noche más y escapar juntos, como juntos habían cavado para que ese momento llegara. Xosé Tarrío, en un arrebatador pasaje de *Huye, Hombre, Huye*, refleja este mismo sentimiento: «Era hermoso ayudar a un hombre prisionero a evadirse... constituía la mayor experiencia que un preso libertario podía experimentar».

Algunos presos lo reconocen: aún en la más extrema indigencia, su experiencia del encierro alimentó valores y sentimientos que nunca más recobraron cumplido el castigo: su otra crisis del afuera terminó dándose cuando, atravesando el último control camino a la calle, pasaron a ser *ciudadanos libres*.

Hoy, el fantasma de la «ciudad penitenciaria» recorre el mundo. La lógica del encierro, dicen algunos, conquista paulatinamente el espacio no carcelario. Entonces, si la cárcel invade el mundo, ¿cómo no concluir que más allá de ella, el afuera también se estrecha?

Puesto que la cárcel es de este mundo, no podemos obviar que este es un camino de doble sentido. Si nos aventuramos a afirmar que la crisis de la exterioridad también afecta a los espacios cerrados de control, es porque entendemos que los valores del mundo industrial, hoy, tienden a penetrarlo todo y que, aunque el deseo siga vivo, quedan cada vez menos descampados, tanto a un lado como al otro de los muros.

Algunas preguntas

Pero, si el deseo sigue ahí, ¿por qué permitimos que la exterioridad vaya desapareciendo de nuestras vidas? ¿Acaso nuestro deseo de libertad ya no es ingobernable? ¿Acaso el control y el disciplinamiento han alcanzado también nuestros deseos del afuera? Y si fuera así, ¿cómo fugarse de un deseo de libertad encerrado? ¿Qué sería la exterioridad si no hubiera encierro? ¿Vida?